

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año III.

Barcelona 6 Enero de 1894

Núm. 84



DAR DE BEBER AL SEDIENTO.—CUADRO DE V. THIRLON

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — El asno condenado, leyenda, por PETIT CLAUDE. — Villancico, por LOPE DE VEGA (ilustración de APELES MESTRES). — La navaja, por C. SUÁREZ BRAVO. — VIAJE Á LAS BALEARES: Menorca y Cabrera, por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — Nuestros grabados — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Dar de beber al sediento, cuadro de V. THIRLON. — Retrato de la autora y de su hija, cuadro de M. VIGÉE LEBRUN. — VIAJE Á LAS BALEARES: La antigua puerta romana de Alcudia. — Entrada del puerto de Mahón: el castillo de San Felipe. — Cuento chino, por APELES MESTRES.



Háblase nuevamente de los sucesos de Aigues Mortes en el Mediodía de Francia. Recordarán nuestros lectores

que en el pasado verano los trabajadores italianos que trabajaban en las salinas de aquel puerto del Mediterráneo, fueron atacados por sus camaradas franceses, irritados éstos porque aquéllos aceptaban cobrar jornales más baratos y, por añadidura, trabajaban más que ellos. Se recordará también que hubo muertos y heridos y que por algunos instantes se llegó á temer que se produjese un conflicto internacional entre Francia é Italia. Conjuróse éste, porque ninguna de las dos naciones tenía ganas de que ocurriese, y se trató el asunto por la vía diplomática. Francia, según parece, ofreció 420,000 francos para indemnizar á las víctimas, mas para hacer efectiva esta suma reclama que Italia á su vez indemnice también á las víctimas que hubo en Roma, Génova y Nápoles por causa de los mismos sucesos. Muéstrase Italia dispuesta á satisfacer estas indemnizaciones, pero Francia pide que abiertamente lo reconozca, sin duda para que ambas queden iguales, ya que si hubo atropellos en Aigues Mortes, los hubo también en varias ciudades de Italia contra los franceses y sus haciendas, aunque estuviesen muy lejos de tener la importancia de los primeros.

Italia lucha con graves dificultades en la Sicilia. Los *fasci*, agrupación socialista y comunista de que hemos hablado en otras ocasiones, se extiende como mancha de aceite y mantiene en continua agitación aquel país. Se han tenido que enviar fuerzas considerables del ejército para contener á los campesinos, que cometan toda suerte de desmanes, haciendo muchas víctimas y apoderándose de cuanto se les antoja en algunos lugares y lugarezos de la Sicilia. El nuevo presidente del Consejo, Francisco Crispi, tendrá que contener este movimiento, aun cuando carezca de autoridad para hacerlo, dados los antecedentes de su vida política. Después de haber cursado Derecho en Palermo, tomó parte activa en 1867 en el movimiento que trajo la insurrección de Sicilia, y formó parte luego del Gobierno provisional. Proscrito el regresar Fernando II, apareció de nuevo en 1859 al estallar la guerra de Italia y en 1860 fué el alma también de la insurrección de la Sicilia y el organizador de la campaña de los Mil, que á las órdenes del famoso Garibaldi desembarcaron en Marsala en Mayo de 1860. Posteriormente, en el Parla-

mento italiano, figuró en el partido liberal de la izquierda, defendiendo siempre las soluciones más avanzadas y combatiendo á los ministerios de Menabrea, Sella y Minghetti.

Todas las noticias que se han recibido de la Exposición universal de Chicago confirman lo que tantas veces se ha dicho, ó sea que el mencionado certamen ha sido un desastre bajo todos conceptos. Es sabido que la Exposición ha dejado un déficit espantoso, pero esto hubiera sido más tolerable si de ella hubiesen sacado por lo menos ventajoso partido los expositores. Tampoco esto ha sucedido. Los comisarios de las naciones de Europa, y en primera línea el de España, han trabajado para lograrlo, pero nada consiguieron, ó por lo menos, lograron poquísimo. Ciñéndonos á un solo particular, ó sea á la sección de Bellas Artes, bien puede afirmarse que han sido nulas las ventas de cuadros y estatuas verificadas en la Exposición de

Chicago. Artistas franceses, italianos, españoles é ingleses acudieron allá con la esperanza de que los yankees ricos invirtieran una mínima parte de sus dollars en la adquisición de obras de arte, mas los americanos no entienden de arte y sólo adquieren por metros los cuadros y las estatuas. De ahí que se vendieran pocos, contados cuadros de algún precio, y que sólo se consiguiera enajenar los que costaban muy poco dinero. Por lo que hace á la sección española he ahí algunos datos elocuentísimos. Se vendieron diez y siete cuadros al óleo, cuyos precios oscilan desde 20 á 250 dollars uno, á excepción de los siguientes: *Episodio de la guerra*, de Álvarez Dumont, 700 dollars; *Don Quijote*, de Moreno Carbonero, 1,000 dollars; *Otra Margarita*, de Sorolla, 1,800 dollars. Respecto á premios se quedaron sin él artistas de merecida reputación, y en cambio los alcanzaron otros que se hallan muy por debajo de aquéllos en punto á mérito artístico. La Exposición de Chicago ha acabado de desacreditar las Exposiciones universales, demostrando una vez más que en el día sólo pueden considerarse como ferias, y ni siquiera con la seriedad de las ferias tradicionales, sino sólo como exhibiciones aparatosas á modo de espectáculos ó mojigangas al aire libre.

En Nueva York se llevó á cabo un descubrimiento que produjo viva impresión entre las personas dedicadas al comercio marítimo y á la marina. Procedíase á la descarga de algunos centenares de sacos de café que había traído el vapor *City of Washington*, cuando al capitán le llamó la atención uno de los sacos porque despedía un olor extraño y nauseabundo. Apartóse el saco, y á los pocos días se procedió á un examen cuidadoso, y cuál no sería la estupefacción de todos los presentes cuando vieron que el saco contenía una máquina infernal, destinada, sin duda, á hacer volar el vapor durante su viaje. La máquina contenía un cartucho de dinamita con detonadores é hilos metálicos que correspondían con un aparato de relojería, el cual debía determinar la explosión en un momento dado. No se dice á qué afortunada casualidad se debió el que la explosión no se verificase. El químico á quien se encargó el examen de la materia contenida en el cartucho declaró que era dinamita. Según se dice, este descubrimiento ha inquietado mucho á los armadores del *City of Washington*, puesto que el 1.^o de Diciembre otro vapor de la misma línea de navegación hizo explosión y se incendió en pleno Océano, en condiciones tan misteriosas que se ha tratado de un acto de piratería.

riosas, que inducen á creer hoy que se cometió un atentado. Más de cincuenta marineros murieron en el naufragio de este último buque, que se llamaba *City of Alexandria*, y que era uno de los mayores buques mercantes de Nueva York. Es un dato más que añadir á la ya larga crónica de la maldad humana en el decantado siglo xix.

Sigue la lucha en el Brasil; siguen las fracciones de Peixoto y de Mello sembrando de cadáveres y de ruinas el suelo de aquel Estado. Peixoto es hombre valiente y de una terquedad pasmosa: mientras pueda sostendrá la lucha y sólo cederá en el último instante ó cuando caiga muerto en la contienda. La insurrección se extiende, y según se afirma últimamente, los buques sublevados se habían apoderado del barco de guerra *Tiradentes*, que se mantenía aún fiel al general Peixoto. Continúa todavía la oscuridad respecto de los propósitos que abriga el almirante Custodio de Mello si alcanza la victoria, pero los mismos periódicos norteamericanos, en general poco afectos á las monarquías, dicen y repiten que la mayor parte de los habitantes del Brasil manifiestan resueltamente sus simpatías por la monarquía y desean ver libre aquel país de los hombres que con la capa de la libertad lo han tiranizado y explotado conduciéndolo á la deporable situación en que se encuentra. La verdad es que la historia de la República brasileña es un tejido de desdichas y de ignominias.

Persisten las buenas nuevas de Melilla. Los rifleños entregaron los maderos de la balsa, de que se habían apoderado, y los autores de este hecho serán castigados severamente. Es indicio cierto del curso pacífico de los asuntos en el África el que hayan sido licenciados los reservistas de 1887, noticia que fué acogida con vivo júbilo por los interesados y por sus familias. No tienen igual carácter las noticias referentes al señor Sagasta, presidente del Consejo de Ministros. Asegúrase que se le hizo mal la curación del pie, y que por lo tanto se necesitará verificar ahora varias operaciones muy dolorosas para enmendar los desaciertos primeros. El señor Sagasta, en consecuencia, no podrá salir á la calle, y cada día le será más difícil desempeñar el elevado cargo que tiene confiado, máxime tan pronto como se abran las Cortes. De ahí que todo sean conjeturas acerca de si continuará en el poder ó de si lo abandonará dentro de breve plazo, aun cuando últimamente se aseguraba que iba mejorando resueltamente. Por nuestra parte deseamos al señor Presidente del Consejo que obtenga un alivio muy próximo en su dolencia y una curación eficaz en seguida.

B.

El asno condenado

LEYENDA

CRA un sábado del mes de Febrero de 1723, día en que acostumbraba tener mercado la ciudad de Eu, capital del antiguo condado, más célebre en nuestros días que en los tiempos aquellos.

El frío era intenso y penetrante. La brisa del Sudoeste soplabía recio, y pasando por encima de las gredosas rocas cuyas rojizas hierbas había secado, é inclinando hacia Flandes las copas de los álamos que en las tierras de Rambures adornan los caminos, hacía revolotear, cual si fueran blancas libélulas, las brillantes puntas de la escarcha que cubría los campos.

El mercado apenas había durado cuatro horas. En

vista del mal tiempo y de lo desiertas que estaban las calles, el heraldo del señor conde apresuróse á hacer público que quedaba cerrado el soportal abierto, sitio en el que proveían los ciudadanos de Eu de las mercaderías que llevaban allí los campesinos.

La verdad es que el tiempo no se prestaba para paseos ni habladurías. Azotados por el viento del Norte, se humedecían los ojos de lágrimas y los dedos se entumecían; el día era gris, cenicero como el cielo, del que se mostraba vivo reflejo. Apenas terminadas las ventas, todos se apresuraban á regresar: la campesina á la granja, la compradora á su casa.

Por la carretera que se oculta al pie de la costa, á lo alto de Trepot, serpentea ascendiendo por entre las rocas y sale al cabo á las dos jornadas de marcha al arenoso puerto de Saint-Valery-sur-Somme, andaban dos viandantes, encorvados por el frío, de aspecto sospechoso, cubiertos, más bien que vestidos, con unos harapos deshilachados y en desorden, formando un singular conjunto por la diversidad de sus tejidos y lo abigarrado de sus colores.

Los zurrones de los caminantes golpeaban sus huesosos espinazos, y las calabazas que llevaban, rojizas por la acción del tiempo, sonaban cual si fueran vacíos cascabeles.

Andaban con el aire pesado y fatigoso, tan peculiar de los viandantes andrajosos y necesitados, de los truhanes de aldea, desertores de compañías de voluntarios, con las entrañas destrozadas por el hambre, los párpados caídos, ocultando una mirada torva que de una parte á otra del horizonte buscaba lo desconocido: pan, robo ó sangre.

La noche envolvía ya con su negro manto todos los objetos—el mar á la izquierda, el campo al frente y las aldeas detrás y á la derecha—las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes y el frío más intenso.

Los viandantes, que ya casi habían alcanzado la cima de la cresta, se habían detenido y luego agachado al borde del camino cubierto, al abrigo de un montón de tierra, uno junto al otro, á fin de combatir algo el frío.

Por espacio de algunos minutos aquellos dos hombres, casi helados y jadeantes, permanecieron silenciosos.

Por fin el más joven dijo en voz baja:

—¿Por qué me has propuesto, sin conocerme, que mezclemos nuestros harapos y vayamos á Saint-Valery, ciudad hambrienta en la que aun los mismos marinos no pueden vivir?

—Tengo un proyecto que á mí solo me sería imposible realizar, respondió el otro, viejo y lleno de canas, enjuto y apergaminado por el tiempo. Me llaman *Huon*, nombre de la villa donde naci hace muchos años. Pasé mi juventud viviendo de mala manera en el país bretón. Cuando entré en años, por desgracia, á duras penas podía procurarme el sustento. Pero, amigo mío, como al cabo hemos de morir, no quiero consentirlo sin antes haber saciado el hambre, apagado la sed y dormido á mi regalo... Y tú ¿cómo te llamas?

—Me llaman por apodo *Jampiere*, porque soy loreto y pronunciaba así mi nombre, que es el de *Jean-Pierre*... Pues bien, yo no tengo tus canas y, sin embargo, he pasado muchas desgracias.

—Tienes algo qué comer? preguntó el viejo.

—No, nada.

—Y para beber?

—Tampoco, ni aun agua.

—Tienes hambre?

—Tanta que con este cuchillo he de procurarme comida aunque me ahorquen.

—Pues bien... *Jampiere*, haremos fortuna. Oye.

Al decir esto púsose de pie, no sin alguna fatiga. *Le Huon* escudriñó con mirada de lince toda la carretera que se extendía hacia la ciudad, y alargando la mano añadió:

—Amigo mío, ¿vés *aquello* que va subiendo hacia nosotros?

—Sí, un hombre y una bestia.

—Es el tío Magloire con su asno... Escucha con atención lo que quiero hacer, y te aseguro que si te portas bien por tu parte comerás espléndidamente. El tío Magloire es muy viejo, regresa á su casa, de la que ves las luces en el fondo de la cañada. No será menester causarle gran daño; le conozco y sé que no es duro de corazón aunque tiene la bolsa en su talego. Pero no es un lince, y hay algunos que se vanaglorian de haberle burlado muchas veces con cuatro tonterías. Todo consiste en emprender con acierto el negocio. Déjame obrar y no te ocupes más que de tomar el asno y conducirlo á escape á la ciudad de Eu, donde nos encontraremos luego en la venta del *Cuervo blanco*.

Y tal como lo dijo el viejo, lo hizo.

El tío Magloire, que no tenía confianza en su asno, más terco de lo que convenía y poco amigo de la escarcha, subía la cuesta á pie con la brida echada á la espalda remolcando al jumento, que con las narices al aire, las orejas sobre el pescuezo y la cola pegada en la grupa, le seguía de muy mala gana.

El pobre tío Magloire también andaba casi por fuerza arrastrando el asno, gruñendo, encorvando el cuerpo y con la vista fija en el suelo por temor de caerse, pues la oscuridad había invadido el horizonte.

En tanto *Le Huon* estaba en acecho. Cuando el tío Magloire hubo pasado por delante, con gran presteza quitó *Huon* la brida del asno, atóse al cuello el freno del animal y continuó la marcha siguiendo al viejo, en lugar del asno, dejándose arrastrar como aquél y gruñendo de modo parecido.

Jampiere, en esto, había tomado ya el rocín por una oreja y lo conducía en dirección opuesta hacia la casa del *Cuervo blanco*.

Al llegar el tío Magloire á la parte llana de la carretera, sorprendido de que el rocín, por más que fuese holgazán, resistiera tanto en seguir andando, volvióse resuelto á propinarle algún palo, y cuál no sería su sorpresa cuando en lugar del asno vió al viejo *Le Huon*.

Aterrado, medio muerto, el buen hombre permaneció atontado mientras *Le Huon*, con el freno en las narices, el cabestro en el cuello, las anteojeras en las mejillas reía por dentro á costa del infeliz Magloire.

—Señor amo, dijo *Le Huon*, por cierto que no habéis hecho un buen negocio al comprarme, pues si antes era asno ahora no lo soy.

—¿Y por qué extraño sortilegio, preguntóle Magloire, que se creía loco, pudo hacerse este milagro?

—Voy á satisfacer vuestra curiosidad, amo mío. Hace quince años cometí un horrible pecado... un pecado mortal, y á no ser por las plegarias y novenarios de los benedictinos de Fecamp me hubiera valido, sin duda, el fuego eterno. —En verdad que pude librarme, pero el caso es que Dios ó el diablo me condenaron á vivir por espacio de quince años en forma de asno. He expiado duramente mi falta, amo mío... La pena impuesta acabóse esta noche y he soltado la piel del asno para tomar la del antiguo animal que me era propia.

—¡Es posible, Dios mío! ¡Es posible! exclamaba el tío Magloire. ¡Quince años dentro de la piel de un asno!

¡Y por un solo pecado mortal! Preciso es que fuera horrible. ¡Virgen Santísima!

—Por un pecado menos grave hubiera sido asno menos tiempo.

—¡Es posible, Dios mío! ¡Y pensar que yo también podría volverme asno! ¡Ah! pobre hombre, cuando recuerdo los garrotazos que te he dado sin saber que eras hombre!... Dí, ¿me guardas por ello rencor?

—Toda vez que no lo sabíais, amo mío...

—¿Y dónde vas ahora, buen hombre?

—Lejos, muy lejos, más allá de Fecamp, á juntarme con los míos, si es que viven todavía.

—¿Y emprenderás este viaje á pie?

—Preciso es... El oficio de asno procura más palos que dinero.

—Vénte conmigo á comer y á dormir en casa.

—Muchas gracias, amo mío. Estoy tan contento de no ser ya asno, que me vuelvo al punto á mi país. Ea, pues, en marcha y que Dios os guarde.

Exhalando un suspiro, porque siempre causa un pesar separarse del dinero propio, el tío Magloire dió dos escudos á *Huon*, el cual, orgulloso de esta nueva victoria, prosiguió su camino después de haberse despedido de él deseándole buena suerte.

Por el camino iba pensando que, si bien es muy sensible perder de un golpe el asno y dos escudos, más sensible debe ser todavía vivir quince años dentro de la piel de un borrico por haber cometido un solo pecado mortal. Y así discurriendo se encomendaba á su santo patrón para que tal cosa nunca le aconteciera.

Al siguiente día, después de haber saciado el hambre, calmado la sed, dormido á su regalo, embolsado los dos escudos y vendido el asno, *Huon* y *Jampiere* abandonaron la ciudad, dirigiéndose por vericuetos y senderos hacia Saint-Valery-sur-Somme, en donde el anciano deseaba acabar sus días.

Al sábado siguiente volvió el tío Magloire á la ciudad, para comprar otro asno que reemplazara al que tan milagrosamente había desaparecido.

Pero he aquí que de repente, entre los asnos que estaban en venta, vió el tío Magloire á uno que se parecía extraordinariamente al suyo. Tenía el mismo pelo, la misma altura, en fin, no había que dudar, era su propio asno... ¿Sería tal vez que aquel viejo de la pasada semana se había transformado de nuevo en burro por otro pecado mortal?

El tío Magloire no pudo contenerse, y bajo pretexto de que quería examinarle detenidamente mientras el mercader hacía el elogio de las cualidades del animal, acercóse cuanto pudo al asno y murmuró junto á la oreja:

—Pues qué, pobre viejo, has cometido un nuevo pecado mortal y ahora vuelvo á encontrarte dentro de la piel de un asno?

Pero el rocín, al sentir que el tío Magloire le soplaban en los oídos, y verse molestado, sacudió la cabeza de derecha á izquierda como haciendo un signo negativo.

—Sí, sí, repuso el tío Magloire. No importa me digas que no; no me fío de tí. Si no hubieres cometido una nueva falta no te verías otra vez en este estado. Quien te conoce no ha de comprarte.

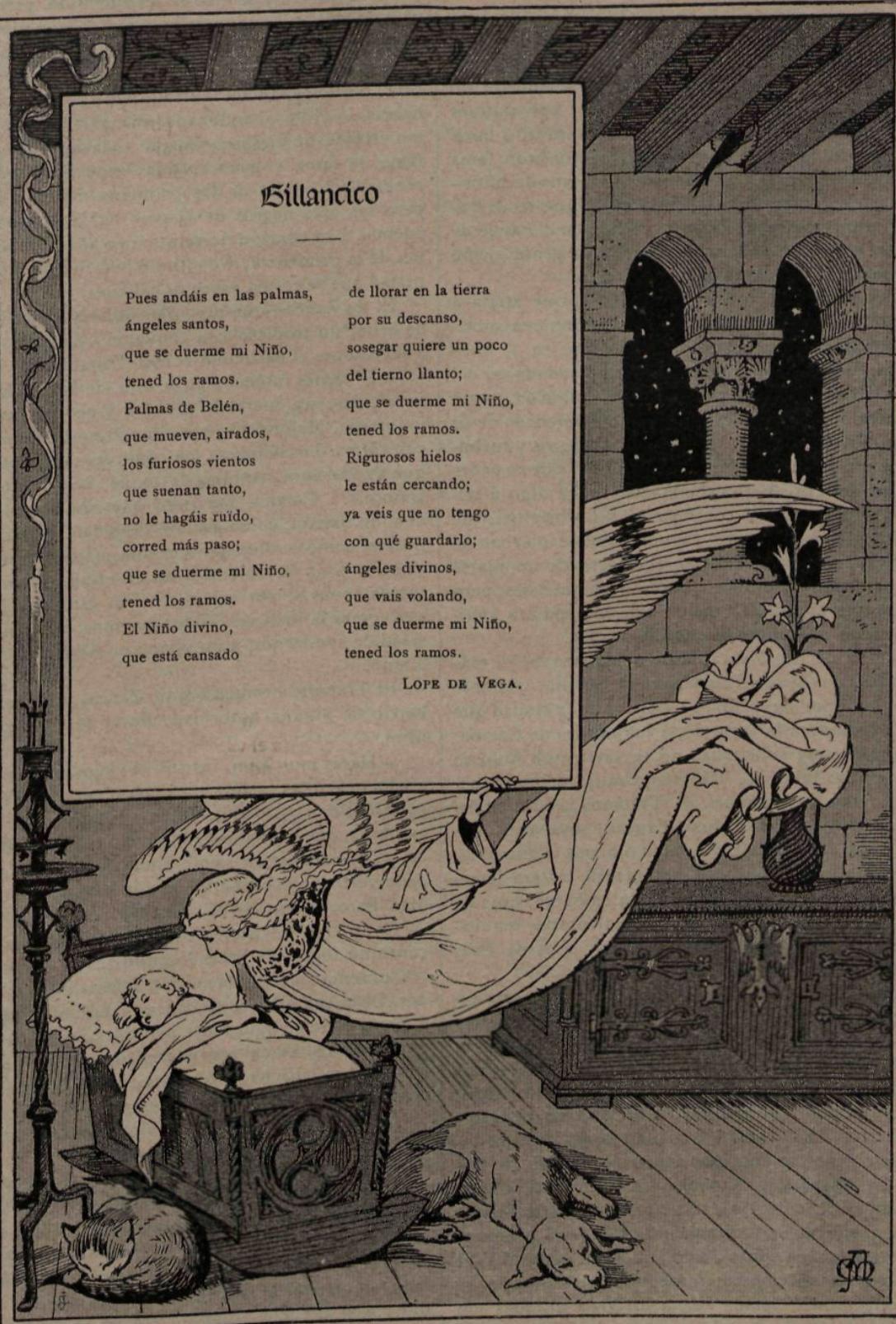
Y para mayor seguridad, el tío Magloire adquirió una burra, pues, según él decía, cada loco con su tema, las mujeres no suelen ser tan mortalmente pecadoras como los hombres, y ofrecía por añadidura la adquisición de una burrita la ventaja de que tal vez algún día dejaría de serlo para convertirse en mujer. —PETIT CLAUDE.

Billancico

Pues andáis en las palmas,
ángelos santos,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.
Palmas de Belén,
que mueven, airados,
los furiosos vientos
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más paso;
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.
El Niño divino,
que está cansado

de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto;
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.
Rigurosos hielos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo;
ángelos divinos,
que vais volando,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

LOPE DE VEGA.



La navaja

I

En un callejón del barrio de Triana, en Sevilla, había á principios del siglo un tabernucho con honores de café, que llevaba el nombre de su dueño, el tío Zancas, gitanazo que después de practicar por algunos años el oficio de ensalmador de bestias, se retiró á buen beber, abriendo comercio de vinos que adquirieron fama de ser mucho menos artificiales que los jacos de su primera industria, antes bien la manzanilla que se despachaba en su mostrador tenía fama, no sólo en el barrio de los gitanos, sino en el mismo Sevilla, cuya gente alegre pasaba á menudo el puente para saborearla.

Justo es decir que no era sólo el vino el que atraía á los parroquianos á la tasca del tío Zancas, sino una sobrina suya que, á guisa de cebo, estaba siempre en el mostrador y que tenía en su cara toda la luz y toda la sal del Mediodía. Hija de español y de gitana, Catalina ó Catana, como generalmente se la designaba, había heredado de su madre los ojos y las cejas egipcias, más negros y turbulentos que una noche de tempestad sin luna, y de su padre la blancura del cutis y un cabello que tiraba algo á trigueño y que daba por el contraste un sello original y de mucho atractivo á su rostro. Algunos que se picaban de observadores, hallaban á sus ojos el defecto de no fijarse nunca y de andar siempre en busca de homenajes; pero este reparo que apuntaba á tacharla de coqueta era agujón que acrecía el número de sus aficionados.

La taberna del tío Zancas era, pues, una de las más frecuentadas, no sólo de Triana sino de Sevilla, viéndose en ella, aunque por excepción, á señoritos de la ciudad que acudían atraídos por la fama de la hermosura de Catana. Ésta, aunque muy solicitada, no se sabía que hubiese rendido aún su albedrío. Un gitano muy buen mozo y que tenía fama de valentón, el Tratante, la solicitaba desde hacía tiempo, y el tío Juan Zancas apoyaba sus pretensiones, que además veía con buen ojo toda la gitanería, deseosa de que aquel hermoso ejemplar de belleza femenina no saliese de la casta. Catana, sin embargo, huía de comprometerse con él, aunque sin desalentarle, maniobrando con la habilidad instintiva en las hijas de Eva, tocadas del vicio de la coquetería.

Por aquel tiempo empezó á frequentar la taberna un joven de Sevilla llamado Pepito ó Joselillo Vélez, perteneciente á una honradísima familia, muy estimada en la ciudad. Aunque artesano, Joselillo gozaba de cierta popularidad entre todas las clases por su carácter simpático, bella apostura y por su habilidad y bravura en el toreo, que practicaba de cuando en cuando como aficionado, teniéndosele generalmente por mozo de pecho. No frecuentaba las tabernas, y sólo por pura curiosidad se dejó arrastrar un día á la del tío Zancas para ver si la belleza de Catana justificaba su reputación. No debió parecerle la niña costal de paja, pues desde aquel día empezó á ser parroquiano asiduo y no enteramente sin fruto; pues se observó que nunca Catana había dirigido miradas tan incendiarias á ningún hombre. Observó el Tratante la maniobra, y como se sabía que era de alma atravesada y poco sufrido, se previó entre los dos rivales algún tropiezo desgradable. Nada notó en un principio Joselillo, que sólo tenía ojos para la deidad del mostrador, pero al fin hubieron de llamar su atención algunos accidentes en que antes no se había fijado. Los gitanos, que en las mesas

inmediatas á la suya festejaban á Baco, empezaron á mirarle con ojos de mala voluntad, y en el rostro del Tratante creyó notar alguna vez aires de provocación. Joselillo no era pendenciero y se hizo el desentendido, pero puesto ya en cuidado, quiso conocer la causa de aquellos síntomas de guerra, y se enteró de que el Tratante era su rival y los celos el móvil de su hostilidad, de la cual, por espíritu de raza, participaba toda la tribu. Quizá, aunque valeroso, habría Joselillo abandonado una partida que se ofrecía tan erizada de riesgos, ya que toda aquella gente tenía fama de feroz y poco sufrida, especialmente su rival, reputado por uno de los primeros matones del barrio; pero los ojos negros de Catana hablaban con más elo- cuencia á su corazón de veinticinco años que los dictámenes de la prudencia, y continuó haciendo frente á la tempestad que se cernía sobre su cabeza.

El tío Zancas, que tuvo olor de lo que pasaba, deseoso de evitar un tropiezo á su comercio y á su persona, habló á solas sobre el particular con el Tratante.

— Si tienes intenciones, le dijo, de hacer alguna de las tuyas, que sea fuera de mi casa y no me traigas á ella la justicia. Mejor sería, por supuesto, que tomases la cosa con calma. Las hembras son como las campanas del reloj, que á cada hora cambian de toque. Ni tú, ni ese chaval conocéis á Catana; tan poco hay que fiar de sus ojos cuando llaman, como cuando despiden. Pero si estás dispuesto, como se dice, á hacer una majeza, comprométete tú solo, y no me metas á mí en el ajo, alborotando mi tienda, pues sé por experiencia lo caro que hace pagar estas cosas la justicia. Todos tenemos, como sabes, necesidad de ayudarnos, y un gitano no debe perjudicar á otro gitano.

El Tratante prometió al tío Zancas, que gozaba en el barrio de alguna autoridad, llevar la contienda al aire libre.

— Harás muy bien, insistió el viejo, porque de puertas afuera gozan las manos y los pies de mayor libertad, y es peligroso dar gusto al genio en una encerrona. Creo, sin embargo, que lo mejor sería que no te dejases llevar de los celos, que aconsejan siempre mal, y esperases un cambio de la veleta, que es maravilla que haya estado fija tantos días. Pero, en fin, eso es cosa tuya.

Contra las previsiones del viejo, la veleta de su sobrina continuó inclinada hacia Joselillo que, cada vez más mareado, tenía ya con ella sus ratos de palique en el mostrador. De buena gana el tío Zancas habría obligado á Catana á mantenerse en aguas más neutrales, pero su autoridad se encontraba atada por la codicia, esto es, por el temor de que la muchacha, disgustada, se eclipsara por algunos días, con grave perjuicio del consumo.

En aquel tiempo, los coloquios amorosos no tomaban los tonos atrevidos con que hoy empiezan y acaban, y había trabas que la educación y las costumbres extendían á todas las clases. Joselillo y Catana charlaban, teniendo el mostrador por muro intermedio, de asuntos al parecer ajenos á su asunto; pero los enamorados tienen siempre arte de decirse lo que quieren, valiéndose del lenguaje eterno de los ojos y de reticencias é inflexiones que cogen al vuelo. Joselillo era de ingenio despierto, y en cuanto se arrimaba al mostrador, con una mano metida en el bolsillo de la chupa, en la otra el cigarrillo, el cabello aprisionado en limpia redecilla y el sombrero echado hacia atrás, no tardaban en resonar en el local las carcajadas argentinas de Catana, que era muy tentada de la risa y aprovechaba, además, toda ocasión que se la ofreciese de llamar la atención sobre ella.

Fácil es imaginar lo que exacerbarían el espíritu del Tratante estas públicas muestras de inteligencia entre Catana y su rival, que irritaban más y más las miradas, entre burlonas y compasivas, que le dirigían los asistentes. En una ocasión en que Joselillo se dirigía al sitio que ocupaba Catana, dijo en voz bastante alta, para ser oido, dirigiéndose al dueño de la taberna que estaba apoyado de bruces en otro extremo del mostrador:

—¿Tío Zancas, va á empezar ya el sainete? Lo digo porque entra en escena el gracioso.

—Oiga usté, este gracioso lo mismo sabe hacer llorar que reir, contestó sin poder contenerse Joselillo, haciendo cara al provocador.

El cual masculló apretando los dientes:

—Ya veremos cuando llegue la tragedia.

—No haga usted caso de majaderías, dijo Catana con voz baja y precipitada, y míreme usted á mí, que sus ojos agradecerán el cambio.

Este llamamiento hizo su efecto. El joven volvió la cabeza, y como si nada hubiese sucedido comenzó á platicar con el tono de costumbre con la muchacha, sin que el incidente por entonces tuviese más consecuencias. Aquella noche, sin embargo, la gitana pareció menos dispuesta á la risa que de costumbre, y sus ojos negros se dirigieron de cuando en cuando con mal disimulada inquietud hacia el sitio que ocupaba el Tratante. Joselillo lo notó, pero nada dijo á la joven, para que ésta no creyese que le preocupaban ni poco ni mucho los malos propósitos de su rival. Como en aquel tiempo no había costumbre de trasnochar, á la hora ordinaria, esto es, poco después de las diez, salió de la taberna para dirigirse á su casa. Despues de andar poco trecho sintió los pasos de alguno que le seguía; volvió rápidamente la cabeza y se encontró con el tío Zancas, que movía con diligencia las suyas para unirse á él.

—Si á usted no le incomoda, dijo el viejo poniéndose á su lado, haremos el camino juntos, porque yo también voy á Sevilla.

—Con mucho gusto, tío Zancas, contestó Joselillo moderando su paso. Más vale ir bien acompañado que solo.

—Gracias por la gracia con que ha retorcido usted el refrancico. Yo, á la verdad, cuando hay precisión, soy capaz de ir solo, por la noche, á los mismos desfiladeros de Ronda; pero no habiéndola...

—Por fortuna no hay similitud entre este camino y el de los desfiladeros.

—¿Le parece á usted? dijo el gitano mirando al joven con manifiesta intención. Pues yo, que soy muy viejo y le conozco mejor que usted, le digo que desde esta hora en adelante, no hay en España sitio más peligroso que el que vamos pisando. Si hubiera usted visto el cuadro que yo vi esta mañana á pocos pasos de aquí, en ese rinconcito que forman las casas á la salida del puente...

—¿Y qué cuadro era ese?

—Un pobre chaval, un joven de Sevilla, poco más ó menos de la edad de usted, mechado á navajazos y bañado en su propia sangre. Dígole á usted que era una compasión. Y ese es el pan nuestro de cada día...

En aquel tiempo, en que no había periódicos, no era de todo punto inverosímil que un vecino de Sevilla ignorase estas escenas de la vida nocturna de la ciudad; pero como la cosa no dejaba de ser extraña, y Joselillo barruntaba, además, que el gitano traía su plan, no pudo menos de decirle con gesto del que se ha comido la partida:

—Tío Zancas, á otro perro con ese hueso, que á mí hace tiempo que me han salido los colmillos.

—¡Si usted se viera, como yo, obligado por las urgencias de su comercio, á pasar por estos lugares todos los amaneceres! Y la cosa se cae de su peso, señor. Ustedes, los mocitos de Sevilla, no pueden ver sin encandilarse y salirse de los arzones, un par de ojos negros, y como en Triana tenemos el depósito... No es esto decir que los de las sevillanas no sean capaces de encender hogueras en la misma Sierra Nevada, pero á los que centellean en el palmito de las mozas de mi casta, no llegan. Como digo, los galancetes de Sevilla, atraídos por el cebo, pasan el Puente y se meten en casa ajena, y como esta casa es la de los gitanos, que todo lo queremos para nosotros, y no gustamos de mezclas, ¿estamos? me parece que me explíco. Tenemos fama de embusteros, pero yo siento flaco por usted, y platico con el corazón en la mano.

—Hablemos claro, tío Zancas. ¿Es que la tienda de usted está abierta únicamente para los de la casta?

—Ni por soñación. Quítese usted eso de la cabeza, contestó alarmado el tabernero. ¡Poca gente de Sevilla viene á gustar de mi néctar!

—Pues si su taberna de usted es puerto franco, donde puede entrar todo el mundo sin diferencia de tribu, yo no pienso dejar de frecuentarla.

—Se agradece, mocito; pero ya sabe usted que la gente gitana es supersticiosa y yo hoy ¿qué quiere usted? todo lo veo turbio... Verbigracia, aquella estrellita que luce allí á la derecha del campanario de la Giralda ¿no la encuentra usted esta noche de un color particular?

—Sí, de color de estrella, dijo riendo Joselillo.

—Pues yo, serán mis ojos, la encuentro, así, de un cierto rojo...

—Como de sangre.

—Cabal.

—Lo que dice esta estrellita, tío Zancas, es que si se ha propuesto usted asustar á un hijo de Sevilla, no ha sido afortunado en la elección. Conque... hasta mañana.

El gitano, al ver á Joselillo tomar por el camino de su casa, se paró breves instantes indeciso; pero luego, encogiéndose de hombros, le dejó marchar, volviéndose por el que había traído.

Joselillo, inclinado por carácter á ver todas las cosas un poco á la ligera y por su aspecto menos negro, atribuyó, como se deduce de sus últimas palabras, las amenazas del Tratante y las confidencias del tío Zancas, á un plan que tenía por objeto obligarle por miedo á abandonar la conquista de Catana. Esto no podía dejar de excitar su corazón naturalmente valeroso, á persistir en la empresa y á demostrar que él no era hombre para volver la espalda á ningún matón. Siendo además todo aquel manejo indicio de que él era el preferido, su amor propio juvenil satisfecho le hubiera dado la excitación de la valentía, aunque careciese de esta cualidad.

Aquella noche durmió, como quien no tiene peso ninguno sobre el corazón, y á la mañana siguiente acudió á su trabajo, canturreando unas playeras y pensando en los atractivos de la gitanilla del mostrador. Al llegar á su taller (era sastre), su patrón le llamó para decirle que á la hora de comer se pasara por el claustro de San Francisco, porque el padre Vélez quería hablarle. Este recado turbó un poco á Joselillo. El fraile, no sólo era hermano de su padre, sino la persona á quien más quería y respetaba en el mundo. ¿Habrían llegado á noticia suya sus devaneos amorosos? Pasó la mañana un poco preocupado con este incidente; pero no por eso dejó de acudir con puntualidad al llamamiento.

(Continuará).

C. SUÁREZ BRAVO.



RETRATO DE LA AUTORA Y DE SU HIJA

CUADRO DE M.^{me} VIGÉE LEBRUN



Puerta romana de Alcudia

VIAJE A LAS BALEARES

MENORCA Y CABRERA

POR

M. GASTÓN VUILLIER

Un año ha, hice la travesía de Barcelona á Mallorca en una tranquila noche iluminada por los claros rayos de la luna, fantaseando debajo la bóveda celeste tachonada de centelleantes estrellas, y murmurando poesías cuyo ritmo acordábase con el acompasado y leve rumor que producían las rizadas olas al deshacerse chocando en el costado del buque. Hoy, al emprender de nuevo el viaje para Mahón, la capital de la segunda de las islas Baleares, Menorca, á bordo del vapor *Nuero Mahonés*, lo hago en medio del vivísimo fulgurar de los relámpagos y percibiendo claramente el rumor de lejanos truenos, preludios de una próxima tempestad.

El mar está poco agitado, mas por doquier se extiende la vista se observa la misma cerrazón en el horizonte. En los camarotes la atmósfera es tan pesada y cálida que sofoca, y sobre cubierta, donde nos encontramos reunidos los pasajeros, sopla á ráfagas un viento tempestuoso y caliente, saturado de efluvios eléctricos capaces de enervar á un hombre que no tuviera nervios.

Una compañía de cómicos italianos que se dirige á Mahón para dar una serie de funciones y cuyos individuos se encuentran todos agrupados sobre cubierta, comunica algo de vida y alegría, con sus dichos y su continuo ir y venir, al buque, que va á correr una tempestad bajo una

oscura y triste noche. Preocupándoles más sus próximos triunfos en sus *debuts* respectivos, que el sublime espectáculo que á sus ojos les ofrece la naturaleza, los artistas italianos se entretienen en repetir sus papeles respectivos, con el mismo entusiasmo que si se encontraran delante de numeroso público dispuesto á prodigarles sus aplausos. ¡Qué raro contraste oír una dulce voz de mujer entonando una melodía interrumpida de vez en cuando por el frágoso rumor de lejanos truenos! Mas esos cantos y esa alegría debían ser efímeros: como la tempestad interrumpe en el bosque el tierno duo de las sencillas aves, así fueron cediendo los joyales cantos de los artistas al arreciar la tempestad.

Los vaivenes y cabezadas del buque sobrepusieronse por fin á los cantos: las actrices primero y los actores después fueron desapareciendo guareciéndose en los camarotes, y á las canciones de *La Mascota* sucedieron los lamentos de los pasajeros en el interior del buque. Sobre cubierta sólo se oían los bramidos del viento en la obra muerta y la arboladura y los crujidos que producía la nave azotada por las olas.

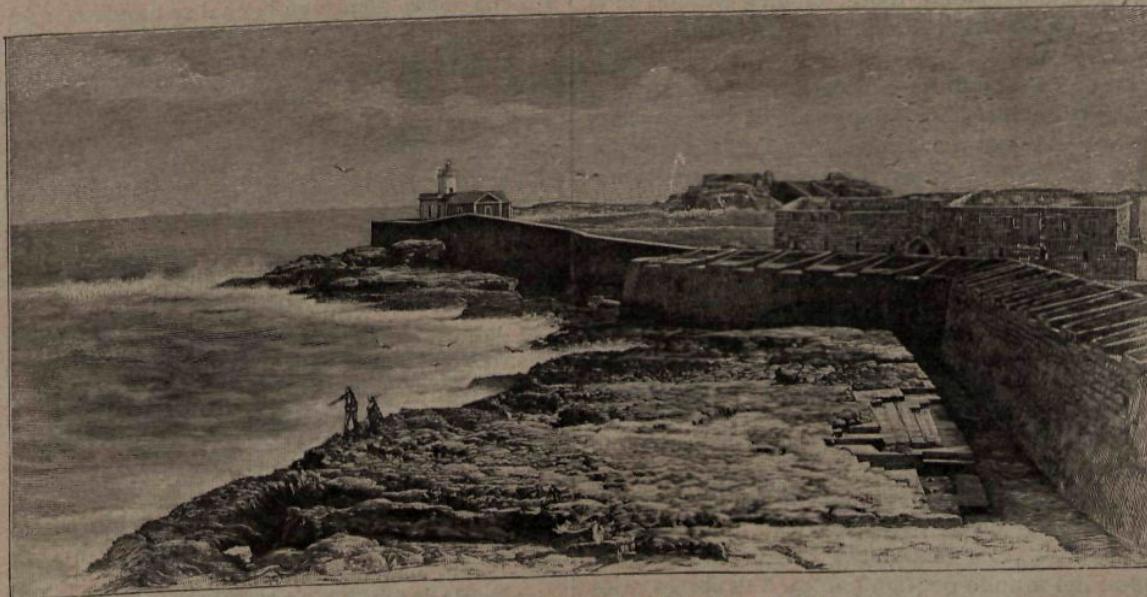
El trueno no paró en toda la noche, la oscuridad era completa, y sólo á intervalos dibujábanse, ora acá, ora más lejos, los festonados contornos de las densas nubes ilumi-

nadas por la cárdena luz de los relámpagos. Al amanecer hacia un tiempo horroroso, y cuando llegamos á la vista del cabo Formentor, que debíamos doblar para arribar á la bahía de Alcudia, donde el vapor hace escala, se desencadenó la tempestad con toda su fuerza.

Pegado al ventanillo de mi camarote, con los ojos fijos en el mar, del cual veía por instantes surgir la siniestra silueta de una acantilada y abrupta costa en cuya soavada base rompían deshaciéndose en blanca espuma las embravecidas olas, oía el ruido de los golpes de mar y el que producía el agua al escurrirse sobre la cubierta del buque. En uno de sus últimos viajes, un vapor de la misma compañía, en un día de mucha niebla, se fué de proa hacia estas rocas. En el choque se le rompió el bau-prés y sufrió grandes averías en la proa. Suerte que, á causa del estado del tiempo, marchaban con precaución y lentitud suma, á no haber sido así, ó de reinar viento contrario, el buque se iba á pique sin remedio. Así y todo, la violencia del choque fué tal, que según pudieron

observar después unos pescadores que recorrieron la costa, no solamente quedaron marcadas las huellas en la roca, sino que varios hierros del buque, penetrando por una grieta, quedaron clavados á gran profundidad. En cuanto doblamos este cabo siniestro, testigo de tantas tempestades y naufragios, el mar fué calmándose; al abrigo del mismo y con un tiempo bonancible ganamos la bahía de Alcudia, donde ancló el buque.

Esta antigua ciudad, situada á unos dos kilómetros de la costa en la pendiente de una colina, ha sufrido todo género de vicisitudes; ha tenido épocas de esplendor y riqueza á las cuales han seguido otras de abandono y miseria. Después de haber desempeñado uno de los primeros papeles en la historia de Mallorca, disputando á Palma el título de capital de las Baleares, llegó á quedar completamente abandonada. De fundación romana, y fortificada en aquellos tiempos, según atestiguan algunos restos de muralla y la antigua puerta, que, si bien deteriorada sobremanera por la inclemencia del tiem-



Entrada del puerto de Mahón: el castillo de San Felipe

po, se conserva todavía, adquirió gran importancia durante el reinado del monarca don Jaime II. Una parte de la nobleza encontró en ella refugio en las discordias que sobrevinieron en tiempo del emperador Carlos V, quien le dió el título de *Ciudad muy fiel*.

Posteriormente ha atravesado épocas verdaderamente calamitosas, sobre todo antes de los trabajos de canalización y saneamiento de la *albufera*, pantano poco distante de la ciudad. Para formarse una idea de las condiciones en que se encontraba á principio del presente siglo, bastará copiar un párrafo escrito por M. Grasset de Saint-Sauveur, que la visitó en aquella época. Dice así: «Al penetrar en esta infortunada ciudad, créese uno transportado á un cementerio; las casas cerradas semejan largas hileras de tumbas; en todas partes reina un silencio y soledad espantosos, y los pocos habitantes que se ven por las calles parecen espectros.»

Con todo, la situación de Alcudia, que se encuentra entre los dos mejores fondeaderos de la isla, la hacen importante bajo el punto de vista comercial y marítimo, y por esta razón, á poco de abandonada, se trató de repoblarla. Con este fin el gobernador de Mallorca prometió una suma de dinero, una porción de tierra labo-

rable y la propiedad de alguna de las casas abandonadas, á todo el que quisiera avecindarse en Alcudia. La ciudad se ha repoblado de nuevo, sus condiciones han mejorado mucho; sin embargo, el viajero no deja de observar un tinte sombrío y desde luego nota la pobreza del país y hasta la misma vegetación de sus alrededores parece desmedrada y enfermiza.

Para ir desde Alcudia á Mahón, debemos hacer una travesía de siete ó ocho horas. Los vientos del Norte y del Poniente penetran con fuerza en el canal formado por las dos islas haciendo peligrosa la navegación en el mismo, de suerte, que con ser una travesía tan corta, los naufragios son bastante frecuentes, y no digamos nada de las arribadas forzadas. El hacerse á la mar un buque con un magnífico tiempo en la bahía, encontrar luego, en cuanto se separa algunas millas de la costa, un mar embravecido, contra el cual es peligroso luchar, y verse obligado, por consiguiente, á recalcar arribando al punto de partida, es cosa que sucede todos los días. Por la disposición especial de estos parajes, fórmanse con frecuencia trombas marinas. No hacia un mes que había atravesado este canal, cuando tuve ocasión de observar desde una altura de la costa Norte de Mallorca uno de estos meteoros. El cielo es-

taba encapotado, y de él parecían descender plomizas nubes que fueron alargándose, formando inmensas espirales hasta tocar la superficie del mar, de la cual se levantaban en remolino enormes masas de agua, produciéndose así trombas de un tinte plomizo que contribuía á darles un aspecto siniestro. Si por cualquier causa variaba un poco la dirección del viento se deshacía una tromba para aparecer en otro sitio á los pocos instantes, cayendo de repente en el mar toda el agua que se levantó antes. El espectáculo es grandioso, terrible, y se concibe fácilmente que una embarcación pueda quedar deshecha si tiene la mala suerte de encontrarse envuelta por uno de estos espantosos meteoros.

En toda nuestra travesía hasta Mahón nos acompañó la tempestad, bien que algún tanto apaciguada. Desde cubierta contemplé largo rato la acantilada costa de Menorca, que seguimos á corta distancia, y que entre la bruma parecía festonada por una blanca cinta de espuma que, al romper en sus socavadas rocas, formaban las todavía embravecidas olas. Más lejos, en el fondo del panorama, divisábbase la silueta del monte Toro, el más elevado de la isla, que con su redondeada cumbre me recordaba los de la Auvernia.

Al llegar á la altura de la isla del Aire, situada en la punta Sudoeste de la costa, el tiempo estaba tan deshecho y el mar tan picado que doblamos el cabo flotando el vapor sobre la espuma de las olas que rompían sin cesar. Doblando este cabo abonanzó el tiempo, y con una mar muy llana llegamos por fin al puerto de Mahón. A la derecha se eleva un alto promontorio de rojizas peñas sobre el cual se levanta una atalaya ó torre de vijía. Este promontorio, llamado *La Mola*, es el dragón que guarda la entrada del puerto. En todas partes se ven líneas de fortificación, en todos lados baterías. Los cañones mostrando sus abiertas bocas parecen monstruos que están acechando desde las troneras. El aspecto de La Mola es sorprendente y grandioso.

El puerto de Mahón penetra mucho en la tierra, es vastísimo y sus tortuosos bordes forman una serie de pequeños puertos. Los mahoneses aseguran que todas las escuadras del mundo podrían fondear á su abrigo, y los marinos que han surcado estas aguas repiten con razón este dicho atribuido al famoso Andrea Doria: *Junio, Julio, Agosto y el puerto de Mahón, los mejores puertos del Mediterráneo son.*

Frente la poderosa Mola, la entrada del puerto estaba en otro tiempo defendida por el famoso *castillo de San Felipe*, hoy poco menos que arruinado. Consecutivamente pasan por delante de nuestros ojos el inmenso lazareto comenzado en tiempo de Carlos IV y no concluido todavía; la isla *del Rey*, en la que se halla el hospital militar, los ingleses le llamaban *the Bloody island* (isla de la Sangre); Villacarlos, con sus blancos edificios; el islote de los ajusticiados ó del Gólgota, *isla Redona* entre la gente de mar ó *ille de ses Rates*, entre la gente del pueblo. En esta isla, durante la dominación inglesa, eran ejecutados y sepultados los condenados á muerte.

Por fin el *Nuevo Mahón* echa el ancla y se para como tembloroso y fatigado aún de los rudos embates que ha sufrido en la travesía, con la chimenea blanqueada por la sal que dejaron en ella las salpicaduras de las olas al romper contra el buque. Delante de nosotros se eleva formando anfiteatro la ciudad de Mahón, llena de luz y de blancura marmórea. Hiladas de rojizas rocas sirven de basamento á los edificios, que parecen, vistos de lejos, levantarse sobre los palos de las naves amarradas en los

muelles. Vista así, como se aparece al viajero, destacándose con su blancura deslumbradora, sobre el fondo azul de su puro cielo, teniendo por base el mar, de purísimo azul también, que se confunde con el cielo en el lejano horizonte, se hace uno la ilusión de que toda esta resplandeciente ciudad flota en los aires.

Desde el puerto no se adivina toda la importancia de la misma: únicamente el barrio marítimo es el que se descubre; detrás de él, y en una ligera pendiente hasta una distancia considerable, se divisa la población dominando siempre la misma nota: su purísima blancura. La transparencia del aire, el azul de su cielo, lo tenue de sus sombras y la deslumbrante luz del sol reflejado por sus blancos muros, es lo que llama desde luego la atención al que pisa por primera vez el suelo de sus calles. Los transeúntes que encontrarás al paso comunican una nota de animación al cuadro, destacándose el color de sus vestidos sobre el fondo siempre blanco, y los sacerdotes, que indudablemente encontrarás, vestidos con su holgado manteo negro, os parecerán avanzar flotando en el aire entre aquella masa blanca en la cual se pierde la noción de la distancia.

Al dejar el vapor, marchad en línea recta sin tomar un coche, lo que os obligaría á dar un largo rodeo, y subiendo la empinada cuesta de las calles de la marina, preguntad por el hotel *Bustamante*. Ya en él los servidores correrán á ponerse á vuestras órdenes; el dueño estará siempre á vuestro lado haciendo por adivinar vuestros gustos; si no tenéis apetito os regalará cariñosamente ó rogará que comáis de otros platos. No puede darse nada más patriarcal que el trato de aquella fonda.

Traducido del francés por

(Continuará).

C. V. DE V.

NUESTROS GRABADOS

Dar de beber al sediento

CUADRO DE V. THIRLON

Una obra de misericordia y un idilio campesino vienen representados en este lindo cuadro. Gustoso el jovencillo le da de beber á la hermosa muchacha el agua regalada de su vasija para apagar su sed, conforme lo enseñan los preceptos cristianos que hemos citado y al par también para contemplar mejor su agraciado rostro. Crecerán los muchachuelos y acaso el idilio pintado en el cuadro termine en la vicaría, ya que por tales caminos muchas veces llegan al matrimonio parejas que en la infancia trataron sus primeras amistades. El artista V. Thirlon ha sacado felicísimo partido del tema. Los dos jovencillos están dibujados con extraordinaria elegancia, sus actitudes son naturales y muy expresivos los rostros. El paisaje, además, contribuye á esparcir por el cuadro, un aroma de poesía que de seguro sabrán apreciar nuestros benévolos lectores.

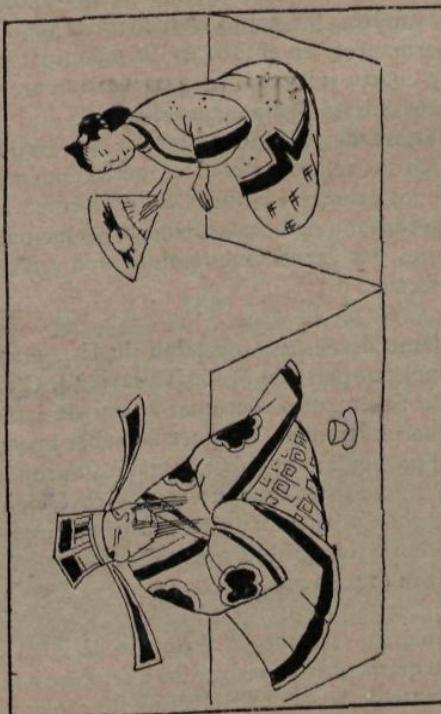
Retrato de la autora y de su hija

CUADRO DE M.^{me} VIGÉE LEBRUN

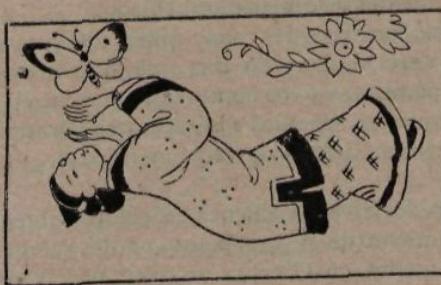
M.^{me} Elisabeth Luisa Vigée Lebrun, que se ha pintado á sí misma y á su linda hija en el cuadro que reproducimos en este número por medio de un admirable grabado, nació en 1755, en París, y es una de las artistas que mejor representan el arte afeminado y encantador del siglo XVIII. Su vida pasó entre el bienestar y los aplausos. Casada con M. Lebrun, perito de cuadros y hombre de cultivada inteligencia, si bien algo mezquino en sus sentimientos, con sus gracias naturales, con la bondad de su trato y con su peregrino talento alcanzó la protección y la amistad de los personajes más insignes de su época y al frente de todos de la amable reina María Antonieta. Cuenta la propia artista que un día, por hallarse muy avanzada en su embarazo, faltó á la sesión que debía tener en Versalles con aquella desdichada soberana para hacer el retrato suyo y de los príncipes, cuadro que se conserva aún en las galerías del expresado sumptuoso palacio. Al día siguiente fue angustiada á Versalles, no repuesta todavía de los sufrimientos del día anterior. La Reina iba á salir á paseo, mas al verla le dijo con dulzura: «No quiero que hayáis hecho el viaje en vano.» Despidió en seguida la calesa y cambió de vestido para que M.^{me} Vigée Lebrun pudiese trabajar en el retrato. Y añade la misma artista: «Recuer-

CUENTO CHINO, POR APELES MESTRES

重羊魚東木
猶水鮮畫羊



1.—Prologo del autor de esta patética y ejemplar historia.

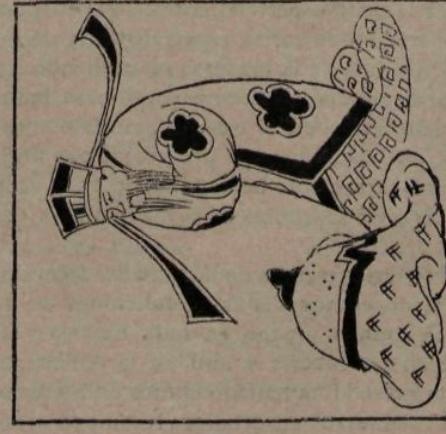


2.—El poderoso Ting-Son vivía feliz en compañía de su hija la hermosa Non-Ting, alejados del mundanal ruido.



3.—La hermosa Non-Ting penetró en el bosque un día de primavera.

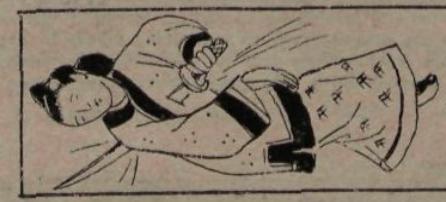
4.—Y en el bosque escuchó con dulce sobresalto las amorosas palabras del apasionado Yau-Ving.



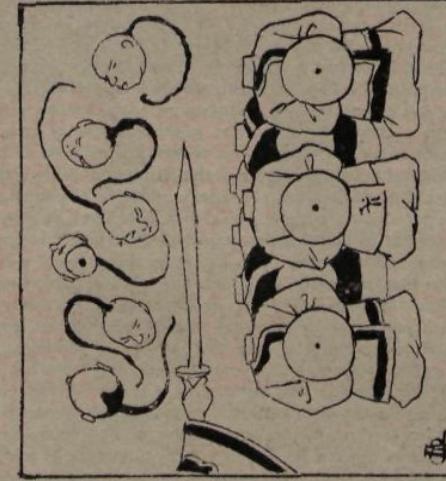
5.—El poderoso Ting-Son oye de los labios de su hija la confesión de sus amores con Yau-Ving. Su corazón se llena de tinieblas.



6.—El irritado padre manda decapitar al audaz amante, que muere a consecuencia de estar envenenado el sable de papá.



7.—Con el ougal la virgen venga en si misma la muerte de su desventurado amante.



8.—El poderoso Ting-Son venga la muerte de su hija en las cabezas de toda su servidumbre.



9.—Cumplida la venganza, el poderoso Ting-Son apura hasta las heces la interrumpida taza de té.

do que en el aturdimiento en que me encontraba para corresponder á tanta bondad, cogí la caja de colores con tal viveza que se vino al suelo, cayendo sobre el pavimento los frascos, los pinceles y cuanto contenía. Bajéme para reparar mi torpeza, pero la Reina al instante me dijo: «Dejadlo, dejadlo, os halláis demasiado adelantada en el embarazo para bajaros,» y á pesar de lo que yo manifesté, la Reina misma se inclinó para coger los pinceles y la caja. Esta conmovedora escena dice á un tiempo cuán bondadosa fué la calumniada María Antonieta y en cuanto estimabas el talento de la artista, autora del precioso cuadro que forma parte de este número.

El cuadro de la reina María Antonieta con sus hijos llevó al más alto grado la reputación de M.^{me} Vigée Lebrun, la cual puede decirse que desde aquel momento encontró abiertas de par en par las puertas de la Academia Real de Pintura. Su cuadro de recepción tiene por tema: *La Paz trayendo la Abundancia*, y en él, bajo el velo de la alegoría, retrató á las dos hijas de Hall, miniaturista sueco, celebérrimo en la segunda mitad de la pasada centuria. En el período mejor de M.^{me} Vigée Lebrun dominaban las aficiones helénicas, tendiendo, así literatos como pintores y escultores, á presentarlo todo bajo un barniz griego ó romano, de donde el aire convencional que se advierte en producciones de entonces, y que, sin embargo, no llega á oscurecer sus méritos sólidos, cuando se trata de artistas de veras como lo es M.^{me} Vigée. En el retrato suyo y de su hija se transmite también el helenismo de que hablamos, parte en los trajes, en los cuales se procuró que dominase el plegado, parte en el peinado, y que también entrase por algo el desnudo, y en el tocado general, en que no falta la cinta que sujetá los cabellos precisando elegantemente la forma de la cabeza. Es embelesadora la impresión que este cuadro produce en el espíritu. Las Gracias han derramado en el lienzo sus dones, convirtiendo en atractivas y bellas todas sus líneas y haciendo de los dos retratos un sentido poema dedicado al amor maternal. M.^{me} Vigée Lebrun, como hemos indicado, abusó de efectos á que fueron muy aficionados los pintores del siglo XVIII, tales como las carnaciones muy rosadas, los oscuros en ellas algo violáceos, una entonación en el conjunto poco vigorosa, mas como hemos expuesto también, aunque rápidamente, estos vicios se olvidan en sus pinturas mejores del Louvre, de San Petersburgo, de Florencia, etc., ante la firmeza del dibujo y de la pincelada, la verdad de la expresión y la misma verdad del modelado, sin tener que recurrir al claroscuro muy pronunciado. De esta artista puede decirse que fué poeta, hábil representante del arte amable de su época, arte en el que, si á veces se encontraba una afeminación y una sensualidad dignas de severas censuras, en cambio repetidamente acusaba una inteligencia sana y un corazón abierto á la expansión y á la alegría, sin asomo alguno de enfermizas tristezas.



En el colegio de la ciudad de Vannes (Morbihan), construido hace pocos años, todo en madera, observóse en 1890 que el edificio amenazaba ruina. En el mismo año la viga principal del cuerpo destinado á la escuela de niñas se rompía sin que hubiese podido notarse que se hallara en mal estado. En vista de estos desagradables sucesos, el ayuntamiento entabló una querella criminal contra el arquitecto y los empresarios de la obra.

Al practicarse la prueba pericial por seis peritos, éstos pidieron la cooperación de varios especialistas, y después de un detenido examen de la madera, no pudiendo averiguar si cuando se empleó en la construcción se hallaba ó no en mal estado, vióse en el caso, el ayuntamiento de aquella ciudad, de abandonar el proceso; estos hechos llamaron extraordinariamente la atención sobre la acción destructora de las setas saprofitas de la madera para construcciones.

En el caso referido se trataba de la *Marulius lacrymans*, de la que no se conocen todavía las condiciones de desarrollo, pero que abunda mucho en toda Europa y se la encuentra también en Siberia y aun en la América del Norte. Esta seta no se la ha hallado nunca en los árboles plantados en el bosque, ni en árboles vivos ni en árboles muertos, pero hasta en el mismo bosque invade los troncos derribados y sin corteza. El viento, la lluvia y otros

diversos agentes transportan desde los almacenes de maderas á los bosques donde hay troncos sanos los esporos de aquella planta; también el vestido, el calzado y las herramientas ó utensilios de los obreros que trabajan en sitios infectados, sirven de vehículo y contribuyen á la propagación del mal.

El temible parásito se desarrolla en la parte exterior de la madera que le nutre y se extiende en el suelo, en las cornisas de los techos y en las grietas de las paredes.

Los micelios del *Marulius*, como los de un gran número de setas superiores, segregan una diastasia que disuelve é hincha á la vez las membranas celulares de la madera. Una vez alterada de este modo absorbe el agua que circula por la capilaridad y despidé en los aposentos una humedad mal sana. Poco á poco se vuelve ligera y frágil y se rompe; más tarde se reduce á polvo con sólo tocarla con los dedos; pero nada da á conocer en la parte exterior que penetren los primeros filamentos del *mice- lium* y nada puede poner á salvo á la madera de los terribles accidentes de que hemos hablado.

A los constructores toca, pues, asegurarse debidamente, antes de emplear una viga, que no esté infectada por el parásito, y á los hombres de ciencia el estudio de procedimientos sencillos y eficaces que permitan comprobar la existencia de la terrible enfermedad.

* * *

Entre los diversos clichés en colores obtenidos por el procedimiento de M. Lippmann, por los señores Lumière, y presentados en Ginebra al celebrarse la sesión de la Unión internacional de fotografía, llamaron especialmente la atención unos retratos tomados del natural de una riqueza y pureza de tonos verdaderamente admirables. Basta permanecer en el foco de la máquina, por espacio de tres ó cuatro minutos, para que aparezcan luego todos los colores con un brillo extraordinario.

El retrato de un oficial francés sobresalió entre los demás por los reflejos metálicos perfectamente reproducidos de los galones y botones del uniforme. En el de un químico rodeado de bocales llenos de soluciones de variados colores, las carnaciones eran de una verdad y morboidez perfectas.

* * *

Madame de Staél y madame de H... eran objeto de atenciones por parte de M. de Talleyrand. Cierto día madame de Staél quiso averiguar á cuál de las dos amaba aquél con preferencia. Después de haber insistido mucho sobre el particular sin haber logrado su propósito, dijole:

—Confiese usted que si las dos cayésemos en un río no sería yo la primera á quien procuraría usted salvar.

—Señora, es posible que así fuese; según presumo usted nada mucho mejor.

* * *

Fontenelle, cuando ya alcanzaba la edad de noventa años, en cierta ocasión en que iba á sentarse á la mesa, pasó por delante de la señora Helvetius sin reparar en ella.

—Ved, le dijo ésta, el caso que debo hacer de vuestras galanterías; pasáis delante de mí sin ni siquiera mirarme.

—Señora, contestó el viejo, si os hubiese mirado ya no hubiera pasado.

* * *

Habiéndose dormido cierto viajero en un carro público, uno de sus amigos le despertó diciéndole:

—¡Cómo! ¡Usted siempre dormido! ¡No hemos andado poco desde que usted duerme!

—¡Qué! ¡Cuánto hemos andado!

—Estamos ya á más de cien leguas de aquí.

Si se quiere obtener, sin emplear pilas eléctricas, un nikelaje económico y sólido, en objetos pequeños, como por ejemplo, alfileres, estuches, portaplumas, portalápices, etc., sumérjanse los objetos que se quieran nikelar, por espacio de dos á tres minutos, en una solución de potasio y luego en agua clara. Despues métanse en un baño que contenga 50 gramos de ácido sulfúrico por cada litro de agua destilada. Agítense bien dichos objetos en el baño de agua destilada. Agítense bien dichos objetos en el baño durante 10 minutos, y sumérjanse de nuevo en otro baño compuesto de

Cloruro de sodio 7 gramos por cada litro de agua
Sublimado corrosivo 11 , , ,
Sulfato de níquel 1 , , ,

Agítense otra vez durante 5 ó 6 minutos, y sumérjanse de nuevo en agua clara. Téngase, además, preparado otro baño compuesto de:

Agua destilada 1 litro
Crema de tartáro 1 gramo
Estaño metálico 150 ,

Hágase hervir durante tres horas, después de lo cual introduzcanse en él los objetos que hayan sufrido la primera operación. Se les deja hervir durante dos horas y luego pónganse á secar con serrín. Por este procedimiento no sólo quedarán nikelados los objetos, sino que tendrán una capa ó cubierta metálica doble, blanca y muy adherente.

En opinión de M. Bourdais, el primer baño debe prepararse en un vaso de hierro, y el segundo en un vaso de cobre estañado.

No es posible la justicia si no tiene por base la ley natural: fundada únicamente en la utilidad, otra utilidad la suprime.—CICERÓN.

Es muy propio de la flaqueza humana perdonárselo todo á sí mismo y no perdonar nada á los demás.—VALEIRO PATÉRCULO.

El honor prohíbe muchas veces lo que las leyes permiten.—SÉNECA.

La belleza, la opulencia, el vigor físico, todos los bienes de esta naturaleza son pasajeros, sólo las obras del genio son inmortales como nuestra misma alma.—SAN LUSTIO.



REVERBERO MÁGICO

Casi todos tienen el inconveniente de descubrir demasiado la luz y cansar por consecuencia y sin utilidad la vista de los que están obligados á trabajar con luz artificial.

Además, lo mejor de la luz se queda dentro del reverbero, necesitando así que se active más la llama y consumiendo sin ventaja ninguna más aceite, gas ó petróleo; para obviar esos inconvenientes se ha imaginado un reverbero que puede llamarse mágico por su efecto esplendoroso, obtenido con la menor cantidad posible de combustible vegetal ó mineral.

Todo el maquiavelismo de esta invención consiste en ondular la superficie del reverbero, con lo cual se multiplica su acción total por tantas veces como se reproduce en pequeño su forma, alrededor del círculo del reverbero; y si se recubre con una hoja de papel plateado, bien brillante, el poder de la reflexión es tal, que dentro del foco de la luz sería imposible resistir directamente su influencia con los ojos.

Pero esta misma vivacidad de brillo permite al lector ó



á quien trabaje á tal luz separarse más de ella, con lo cual evita la fatiga de los ojos y el molesto calor que produce en la cabeza la aproximación exagerada á una lámpara cualquiera.

Creo que muy pronto se pondrán á la venta esos reverberos, pero el lector ingenioso puede procurárselos fácilmente construyendo cucuruchos cónicos de cartulina unidos con papel de seda y engrudo, y una vez secos y fuertes, se van cortando por la mitad los cucuruchos y uniéndolos todos, siguiendo el tipo que indicamos en el dibujo, hasta lograr el conjunto del reverbero.

Si se quiere abreviar la operación se cortan en un reverbero del antiguo sistema unos sectores á los cuales se adaptan otros semi-conos, se cubre el todo por debajo con papel plateado, y por encima con cualquier otro que sea opaco, por ejemplo, papel glacé con cromos de flores, y así se consigue que el buen efecto del reverbero dure de día y de noche.

JULIÁN.

CHARADA

De mala todo es el tío
que en Córdoba, á los viajeros
por robar les deja en cueros.
haga calor ó haga frío;
de prima tercia no fío
porque es frágil aunque dura;
una dos, bastante oscura
dentro de un barco has de hallar
y si se llega á inundar
tu vida no está segura.

TAGALO.

LOGOGRIFO

¿Mi total? un vino es
que á muchos les sabe á gloria
y puede beberse en Soria
lo mismo que en Lavapiés.
Alargando el nombre un tanto
y cortándole de pronto
hallarás un Rodomontó
que nada tiene de santo.
Es puerto, y hasta ciudad
y si me apuras, amigo,
ya casi el nombre te digo
por exceso de bondad.

PICO-GORDO.

EJERCICIO MNEMOTÉCNICO

Búsquense las palabras terminadas en

ICAR

J. PELLICER, de Reus.

COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Habiéndose acordado por el Consejo de Administración de la Compañía que se repartan los beneficios del ejercicio de 1892 satisfaciendo 7 por 100 en concepto de intereses y 1 por 100 en el de beneficios á cada acción, y teniendo recibido los Sres. accionistas á cuenta de los intereses el 3 por 100 que les fué satisfecho en Agosto último contra el cupón n.º 12, se pone en conocimiento de los poseedores de acciones de la Compañía que se pagarán ptas. 20 como complemento del dividendo de intereses y ptas. 5 como beneficios á cada acción y ptas. 5'625 en este último concepto á cada cédula de fundador, desde el día 2 de Enero de 1894 al 15 del mismo mes de 9 á 12 de la mañana á la presentación respectivamente de los cupones de intereses n.º 13 y de beneficios n.º 4 de las acciones y del cupón n.º 4 de las cédulas de fundador, acompañados de las correspondientes facturas que se facilitarán en los puntos de pago. Transcurrido este plazo se pagarán los lunes de cada semana á las horas indicadas.

Los puntos de pago son:

En Barcelona, en las oficinas de esta Compañía, Rambla de Estudios, 1, entrepuertas.

En Madrid, oficinas de la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español, Paseo de Recoletos, 17.

En París, en las oficinas de la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español, 69, rue de la Victoire.

Barcelona 19 de Diciembre de 1893.

El Secretario general,
Carlos García Faria.

PILDORAS

del Dr. AYER

Son las mejores purgantes

Son puramente vegetales

Son fáciles de tomar y de digerir

Curan los dolores de cabeza

Curan la dispepsia

Curan el estreñimiento

Curan los desarreglos del hígado y abren el apetito.

Nadie debe estar sin una cajita de las **Pildoras Purgantes**, del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

La delgada capa de azúcar, que cubre las **Pildoras del Doctor Ayer** se disuelve inmediatamente al llegar al estómago, dando lugar á que la sustancia entera de los ingredientes sea prontamente asimilada.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

 Póngase en guardia cor tra imitaciones espúreas.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA

LA
TIERRA SANTA

D. Victor Gebhart

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

POR
ENRIQUE LASSEUR

Esta obra consta de un voluminoso tomo, y se reparte por cuadernos al precio de 4 reales.

Espléndida edición

CRISTOBAL COLÓN

SU VIDA — SUS VIAJES — SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. José María Asensio

...SECTOR DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS: CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copias de famosos cuadros de artistas españoles. — Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —

— BARCELONA —

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirán y encaminarán á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.º, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.º — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.º — Málaga; don Luis Duarte.